

# **VALORES Y PRECIOS ABSOLUTOS Y EL ORDEN DE “EL CAPITAL”**

**Diego Guerrero**

**Febrero 2011**

## **0. Introducción**

El breve trabajo que presento al lector podría haber sido una simple revisión del importante y reciente libro de Carlos Fernández Liria y Luis Alegre (llamados, en adelante, FLA) titulado *El orden de “El capital”* (Madrid: Akal, 2010). Pero la injustificada atención que se presta en él a mis trabajos<sup>1</sup> me ha llevado a otra cosa, que, para decirlo con claridad, se parece más a la utilización de ciertas tesis polémicas encontradas en el citado libro como excusa para exponer resumida e indirectamente algunos puntos esenciales de mi propia interpretación de la teoría laboral del valor (TLV) de Marx. Por tanto, como esto no es una revista del libro en cuestión, me siento liberado de la obligación de hacer justicia y de mostrarme ecuánime tanto con las aportaciones positivas del libro como con sus aspectos negativos, gracias a lo cual podré concentrarme en lo segundo sabiendo que al lector no le importará que deje los comentarios elogiosos para otra ocasión. Sin embargo, no puedo dejar de mencionar un elemento que merece todo mi elogio, y es que el libro sin duda supone un paso adelante decisivo en los debates sobre la TLV que se desarrollan en España, al menos en la

---

<sup>1</sup> Se citan nueve de ellos, más incluso que del mismísimo Althusser.

confluencia entre las vertientes filosófica y económica de dicho debate, introduciéndose en campos en buena medida aún inexplorados y situándose claramente en la estela abierta por ese gran libro que es *La filosofía de “El capital”*, de Felipe Martínez Marzoa, contra el cual, ciertamente, se ha escrito en buena medida este libro<sup>2</sup>.

Dicho esto, aclararé también que mis críticas se limitarán sobre todo a las tesis de FLA que tienen relación con el llamado debate sobre la “transformación” de los valores en precios de producción, aunque es evidente que ello no puede hacerse sin entrar ocasionalmente en uno u otro aspecto adicional de la TLV marxiana. En aras de la claridad, dichas críticas están escritas de manera que a más de un lector pudieran parecerle excesivas, pero estoy seguro de que FLA comprenderán que de lo que se trata es de contribuir, amistosamente pero sin tapujos, a que el debate prosiga en términos de una claridad cada vez mayor en las respectivas posiciones. No obstante, he de aclarar que si alguna vez la crítica pudiera parecer acre lo será sin duda como consecuencia del hecho de considerar el autor que en tal o cual punto FLA se acercan peligrosamente a ciertas formas de pensar características de corrientes teóricas, sobre todo económicas, que no son nada amistosas con las TLV de Marx y que a menudo miran presuntuosamente a dicha teoría por encima del hombro; lo menos que se puede decir de estos últimos autores es que cuando hablan de las limitaciones del método, del planteamiento y de la solución ofrecidos por Marx al problema citado lo hacen a la manera de aquellos de quienes puede

---

<sup>2</sup> El libro quiere sustentar una tesis que no tampoco es extraña al autor de este trabajo, como es la tesis de la incompatibilidad entre “derecho” y capitalismo, es decir, expresada de otra manera, la tesis de la imposibilidad de un capitalismo que sea a la vez una democracia. Pero los autores parecen creer que esa tesis no podría sostenerse si se concibe *El capital* de Marx como un libro cuyo contenido fundamental es “la exposición desarrollada de la ‘teoría del valor’ expuesta globalmente en el capítulo primero”, de forma que “nada se añade a la teoría del valor ni viene después de ella, sino que todo se limita a exponerla de manera desarrollada” (1983, pp. 28, 31). Esta es la tesis de Marzoa contra la que parece alzarse el libro, aunque lo haga desde una interpretación de la TLV que no compartimos, como se verá más adelante. La razón de este alzamiento es que, en opinión de FLA, es imposible derivar el concepto mismo de capitalismo a partir del concepto de mercancía, pues el elemento clave que define al primero es el surgimiento del proletariado o clase asalariada como consecuencia de la expropiación de los medios de producción que antes pertenecían a los trabajadores, y esta relación estructural entre asalariados y dueños de los medios de producción lo que constituye el capitalismo, y no el mercado en el que éste se mueve (aunque dichos mercados hayan sido promovidos hasta su máxima extensión posible). A nuestro entender, el que Marx comience su libro afirmando que “la riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un ‘enorme cúmulo de mercancías’” (1867, p. 43) no quiere decir que se olvide en esos momentos de que también la fuerza de trabajo es una mercancía. Y precisamente lo que sostiene Marzoa es que “la tarea filosófica de Marx es el análisis del modo en que las cosas son en el ámbito de la sociedad moderna”, incluyendo entre esas cosas la fuerza de trabajo asalariada; por eso, “el libro primero de *Das Kapital* es la exposición detallada de cómo una sociedad cuya ‘riqueza’ es ‘una enorme reunión de mercancías’ tiene que ser una sociedad en la que hay capital y salario y plusvalía con carácter general” (1983, pp. 34-35).

decirse con justicia que ven la paja en el ojo ajeno pero son incapaces de ver la viga en el propio. Es contra estos autores contra quienes se dirigen las siguientes reflexiones.

## 1. Un sistema dual de valores y precios

Escribiendo desde el punto de vista específico del economista, no es descabellado afirmar que la TLV de Marx presenta una doble dimensión, *macroeconómica* y a la vez *microeconómica*, de forma que la teoría sufre por igual si se le amputa cualquiera de sus dos mitades. En el caso del libro que nos ocupa, la mitad (casi) amputada es la segunda, porque se adopta en él el punto de vista de que el valor científico y filosófico de la teoría de Marx radica sobre todo en su poder explicativo de la cuestión macrosocial del capitalismo, en tanto que su aportación técnicoeconómica al análisis del mercado y las mercancías es como mucho relativamente secundaria y de alcance menor. Aunque en nuestra opinión ambos aspectos de la TLV van inextricablemente unidos –baste con recordar que el salario no es sino el *precio* de la mercancía fuerza de trabajo que vende cada miembro de la clase asalariada–, la tesis central de FLA es que la teoría de Marx “constituye ante todo una herramienta imprescindible para el análisis de la distribución social y de la asignación global entre las clases (p. 24)<sup>3</sup>, mientras que el análisis de los precios de mercado y de “los precios de equilibrio de las mercancías individuales se nos presenta (...) como una cuestión más o menos periférica” (p. 511). La escasa importancia atribuida a esta segunda función de la TLV marxiana es tan manifiesta que, no sólo se reduce la misma a considerarla como “una *herramienta de cálculo* de los precios” (p. 512), sino que en realidad “no proporciona una teoría de los precios en absoluto” (p. 276). Es más: en opinión de FLA, seguramente Marx habría usado hoy las ideas de la teoría económica convencional y “recurrido a los desarrollos actuales de la microeconomía para resolver con más precisión ese *rinconcito* del manuscrito del libro III” donde se trata “la cuestión de los precios, la competencia, las fluctuaciones de la oferta y la demanda..., etc.” (p. 512).

---

<sup>3</sup> Cuando se cite la página sin indicar el autor o el año de publicación debe entenderse siempre que se trata de una cita del libro de FLA.

Esta manera de enfocar la TLV de Marx es coherente con el punto de vista adoptado por los autores sobre toda la amplia cuestión de las relaciones entre “los valores” y “los precios”, extenso territorio donde por “los precios” hay que entender un entramado de conceptos y cuestiones que se refieren al menos, alternativa o conjuntamente, a la forma del valor, los precios de producción y los precios de mercado. Para FLA, los citados conceptos se reúnen en el interior de dos “sistemas distintos” (p. 583) y, en particular, “los conceptos de valor, por un lado, y precio de producción, por otro, son conceptos que se definen sobre bases enteramente distintas” (p. 460), lo que “exige distinguir entre el sistema del valor y el sistema de los precios” (p. 569). Aunque, ya desde la introducción de su libro, estos autores se aprestan a anticiparse a una previsible acusación de “neorricardianos” (p. 24), parecen no caer en la cuenta de que, adoptando este punto de vista que podríamos llamar “dual”, enlazan en realidad con una tradición que igual podría llamarse “schumpeto-samuelsoniana<sup>4</sup>”, atendiendo al repetido uso que hacen de las citas de autores como Joseph Schumpeter o Paul Samuelson, interpretación según la cual cuando nos enfrentamos a la cuestión de los valores y los precios nos introducimos en dos mundos completamente distintos o, como dicen los propios FLA, dos “universos” separados<sup>5</sup>.

En esa misma tradición, FLA se unen a cuantos, aun defendiendo la TLV de Marx, ven un auténtico obstáculo en el análisis marxiano de la “transformación de valores en precios de producción”, pues, aparte de considerarlo “un problema perfectamente innecesario en la actualidad”, además de “prescindible” e “irresoluble”, piensan que Marx, al querer analizarlo, realizó un planteamiento “insatisfactorio” del mismo, usando un método asimismo “gravemente insatisfactorio” y llegando a una solución “inconsistente” (pp. 515, 518, 522)<sup>6</sup>. Pero el planteamiento de estos autores adolece de un enfoque

<sup>4</sup> Posiblemente le sorprenda a estos autores el número de semejanzas con la economía sraffiana que se pueden encontrar en Samuelson (1987). Sin embargo, aunque se muestran muy críticos con este último autor, no se olvidan de pagar el correspondiente tributo a Sraffa, al afirmar su “firme convicción de que, si Marx hubiese escrito hoy *El capital*, no habría discutido y tomado como punto de partida a Ricardo, sino a Sraffa” (p. 25).

<sup>5</sup> En la afirmación de que “el libro III es tan abstracto (y tan concreto) como el libro I” y, por tanto, que “en el paso de la teoría del valor a la teoría de los precios de producción, o en el paso de la teoría del plusvalor a la teoría de la ganancia capitalista, de ninguna manera hay un camino que vaya de lo abstracto a lo concreto”, vemos una manifestación de esta idea de los dos sistemas contrapuestos que cuenta con tan larga tradición en la crítica de la teoría de Marx.

<sup>6</sup> La terminología también deja traslucir otras veces la influencia de esa forma de pensar ajena al planteamiento marxiano. Por ejemplo, al tratar de la relación entre el plusvalor y la ganancia, antes que hablar de la dependencia de la segunda respecto del primero, FLA prefieren hablar de “rodeo” (término que suele ir asociado al adjetivo “innecesario”, que, en honor de la verdad, no cabría en el texto de FLA

reduccionista de la “teoría” y la “ley” del valor de Marx, que, en vez de dar cabida tanto a la cuestión de los valores como la de los precios, parece quedar reducida a los primeros, perteneciendo los segundos al ámbito de una ley distinta, una segunda ley ajena a la ley del valor, como si “esa otra ‘ley económica’ que rige ‘en la superficie’ de la sociedad moderna” fuera algo independiente de la primera (p. 547). Así, mientras que para Engels lo que hace Marx en el libro III de *El capital* lo lleva a cabo “no sólo sin violación de la ley del valor sino, por el contrario, sobre la base de la misma” (p. 471), para ellos la ley del valor es algo diferente que parece confinado al libro I, de forma que “la *ley del valor* afirma (...) que en el mercado siempre se intercambian cantidades *equivalentes* de trabajo humano (simple, abstracto y socialmente necesario)” (p. 50), razón por la cual toman distancia de los “muchos economistas marxistas” que intentan “demostrar que la teoría del valor sigue rigiendo, enmascarada, allí donde las mercancías se intercambian en tanto que productos de capitales” (es decir, en el libro III) (p. 91)<sup>7</sup>.

Más concretamente, FLA plantean el problema como una cuestión de superfluidad de los valores para el *cálculo* de los precios de producción, ya que éstos pueden tomarse directamente como la “magnitud homogénea con la que realizar todos los cálculos”, pues “con el instrumental matemático que hoy tiene a su disposición la ciencia económica es perfectamente posible, a partir de los datos técnicos de la producción, obtener esa magnitud homogénea” (p. 516); dicho de otra manera, en vez de partir de la magnitud homogénea que suponen las cantidades de trabajo, existe ahora “la posibilidad de comenzar operando con magnitudes heterogéneas (...) *directamente*, (...) a partir de la tabla en términos físicos” y sin “necesidad (...) de partir de los *valores* para intentar calcular los precios” (pp. 518, 526).

Por todas estas razones, FLA insisten una y otra vez en “la *distancia* que separa a los conceptos de *valor* y *precio de producción*” (p. 470) y dedican gran parte de su libro a criticar a quienes cometen el error de “confundir el punto de equilibrio que corresponde al

---

porque contradice el sentido de su exposición), pues “si no se realiza un rodeo por el primero, resulta sencillamente imposible clarificar el concepto de ganancia” (p. 487).

<sup>7</sup> El prologuista del libro de FLA parece sumarse a la misma interpretación reduccionista de la TLV de Marx y a las lamentaciones por “tanto reiterado naufragio” en el debate sobre el problema de la transformación (Alba, 2010, p. 13). Lo que es seguro es que el naufragio está condenado a ser inevitable cuando se piensan cosas como que “la teoría del valor exige que los precios sean proporcionales a la cantidad de trabajo que ha intervenido en su fabricación”, que “hoy todo el mundo en economía está convencido de que la teoría del valor es *falsa* (o por lo menos *inútil*)” y que ya Marx se encargó de “demostrar *él mismo* que la teoría del valor no se cumple?” (Alba, pp. 11-12)

valor (...) con el que corresponde al precio de producción” (p. 462), y por ello no distinguen que sus respectivas “lógicas de producción e intercambio no sólo [son] distintas, sino incluso opuestas” (p. 548), incluidos aquellos que, como Marzoa (véase Martínez Marzoa, 1983), intentan “demostrar que, en realidad, lo que resulta ‘meramente aparente’ es la oposición misma entre ambos sistemas de conceptos” (p. 549) o que “la discrepancia entre los conceptos de valor y ‘precio de producción’ (...) es sólo aparente” (p. 583).

En realidad, los autores dan aquí el salto mortal que ellos atribuyen a otros. Correctamente, reivindican el énfasis decisivo que, como no podía ser de otra manera, pone la TLV de Marx en la diferencia entre el capital *variable* y el capital *constante*. Por eso reafirman adecuadamente “la radicalidad de la distinción entre *trabajar* y *funcionar*” (p. 499), que es lo que hacen respectivamente los trabajadores y los medios de producción (p. 363). Pero, alertado de esa diferencia, el lector se ve llevado a considerarla más o menos equivalente a otra contra la que también nos advierten repetidamente FLA, como es la que distingue “*trabajar* de *invertir*” (p. 561)<sup>8</sup>. En su opinión, enfatizada con rigurosas cursivas, si no se abre un mundo entre el valor y el precio de producción, “*lo que se pierde por el camino es nada menos que la posibilidad de utilizar la noción de ‘trabajar’ como algo (rigurosamente definible y cuantificable) distinto de ‘invertir capital’*” (p. 561). Pero en la realidad las cosas ocurren de manera diferente: es cierto que el valor expresa las cantidades de trabajo que se realiza en la producción, y que el precio de producción incluye un beneficio proporcional a todo el capital invertido, ya sea en mano de obra o en medios de producción; pero ello no evita que sea verdad también que el valor resulte de una inversión en capital variable o que el precio de producción sea la forma de valor de una cantidad de trabajo que, si bien resulta ser una fracción diferente,

<sup>8</sup> En la posible falsa identificación entre las dos diferencias podría influir el dudoso tratamiento dado por los autores a la cuestión de la participación de la materia prima en el proceso de valorización del capital. FLA hacen bien en negarse a “llama[r] ‘trabajar’ a eso que hacen las materias primas” (p. 560), lo mismo que niegan tal función a los demás medios de producción. Esto es correcto. Pero en la discusión sobre si el uso del oro o de la plata como materia prima de un producto por lo demás idéntico repercute en la cantidad de trabajo que incorpora el producto da la sensación de que existe una insuficiente comprensión entre el valor añadido que hay en el producto y su valor total. De acuerdo con la TLV de Marx, es evidente que ninguna materia prima puede participar en la formación de valor nuevo, o valor añadido, pero sí depende de qué materia prima se use el que el valor del producto final sea mayor o menor, dado que el valor de la materia prima se transfiere íntegramente al producto, y en el caso del oro dicha transferencia es obviamente muy superior al caso de la plata. La composición en valor del capital resulta muy superior en el caso del oro, y la productividad en “producto de valor” del trabajador del oro es consecuentemente muy superior, sin que ello signifique que cree más valor añadido. Sin embargo, debe recordarse cuando se discute sobre valores y precios de producción que tanto unos como otros incluyen todo el trabajo que se expresa en su valor de cambio, ya se trate de trabajo *directo* o *indirecto*.

no por ello deja de ser una parte del total trabajado por la sociedad. Esta diferencia esencial entre los planteamientos de FLA y los del autor de este artículo debe ser formalizada a continuación para ser entendida de forma completa.

## 2. El precio de producción, como un valor cuantitativamente modificado

FLA reivindican una interpretación de la magnitud del precio de producción que se distingue, como la que caracteriza a la tradición en la que se inscriben, por tres rasgos: 1) es distinta de la de Marx; 2) invalida la de Marx como incorrecta sin más; 3) en realidad define los precios de producción *relativos*, no *absolutos*; es decir, no los expresa en dinero sino como simple *relación* entre los precios de las diversas mercancías. Aquí, por el contrario, se defenderá una interpretación distinta, caracterizada por: 1) es distinta de la de Marx; 2) no invalida la de Marx, que es además una solución que converge matemáticamente a la primera de forma exacta<sup>9</sup>; 3) define, como Marx, los precios de producción a la vez relativos y *absolutos*, resolviendo así una pregunta que debe hacerse ineludiblemente la teoría del valor (cualquier teoría del valor), y que está ausente en la otra interpretación, y mostrando al mismo tiempo que el enfoque de Marx es superior a dicha interpretación.

Aunque FLA no formalizan sus definiciones, no es fácil ver que reivindican unos precios de producción,  $p$ , donde tanto el producto como los insumos están valorados, a diferencia de lo que hace Marx, en precios de producción. Usando el álgebra matricial, esto significa que los precios de producción se escriben así:

---

<sup>9</sup> Es un error interpretar la posición de Marx como una “falta de transformación” del valor de los insumos en precios de producción, o, como afirman FLA, creer que “la transformación se hace sólo a medias” (p. 522). Más bien, y tal como se indica en Guerrero (2007), lo que muestra Marx es el resultado de una “doble transformación”, en la medida en que parece estar usando un tercer tipo de valores, que no serían otra cosa que el equivalente en trabajo de los precios de mercado. Los propios FLA reconocen indirecta e inconscientemente esto cuando recuerdan que ya en el capítulo 7 del libro I de *El capital*, en el ejemplo que usa Marx para tratar la tasa de plusvalor, “todo se encuentra ya expresado en términos monetarios” (p. 368). Sin embargo, mucho nos tenemos que a los argumentos de Guerrero (2007) FLA puedan responder de la misma (pobre) forma con que responden a Shaikh (1984), afirmando que éste propone simplemente “un ingenioso procedimiento para convertir unos números en otros” (p. 547). Esto sin duda recuerda el famoso argumento de la “goma de borrar” usado por Samuelson (1970).

$$\pi' = \pi' C + \pi' K r \quad (1)$$

donde  $\pi'$  es el vector fila de precios de producción;  $C$  es la matriz de costes anuales unitarios, igual a  $C = A + D + B$ , que incluye por tanto los insumos materiales,  $A$ , los costes de depreciación del capital fijo,  $D$ , y los costes salariales,  $B$ ;  $K$  es la matriz de stocks de capital total (fijo y circulante) por unidad de producto; y  $r$  es la tasa general de ganancia (un escalar). Es evidente que como podemos escribir (1) en la forma (2):

$$\pi' (1/r) = \pi' K' \quad (2),$$

(donde  $K' = K(I-C)^{-1}$  es la matriz de coeficientes de “capital verticalmente integrado”<sup>10</sup>, e  $I$  es la matriz unitaria), puede decirse que bastan las matrices anteriores para calcular a la vez el vector de precios,  $\pi$ , y la tasa de ganancia,  $r$ . Pero, en primer lugar, estas matrices no son meros datos “técnicos”, ni “físicos”, como afirman FLA. No sólo porque  $B$  recoge el contenido en mercancías del equivalente del capital variable que entra en el salario real de los trabajadores, y este dato puede considerarse el resultado de una lucha distributiva, y por tanto “social”, entre el capital y el trabajo<sup>11</sup>, sino por otra razón más importante, que los autores no pueden negar porque inconscientemente hacen uso de ese mismo argumento en otro lugar. Se trata de que los insumos técnicos de la matriz  $A$  no están definidos en términos propiamente físicos, sino que en realidad son el equivalente físico de los insumos *monetarios* (de capital) necesarios para la producción. Si fueran físicos, uno de los renglones de la matriz sería, por ejemplo, el sol<sup>12</sup> –insumo esencial en la agricultura–, pero ni el sol ni ningún otro elemento natural *gratuito* aparecerá nunca en ninguna matriz de coeficientes técnicos por la sencilla razón de que no (re)traducen los desembolsos monetarios realizados por los capitalistas para financiar su producción (véase Guerrero, 2007, para una formalización de esta redefinición de dichas matrices).

En segundo lugar, y más importante, el vector  $\pi$  no es en realidad el vector de los auténticos precios de producción. La ecuación (2) tiene infinitas soluciones puesto que el hecho de que la mercancía  $i$  tenga un precio doble que la  $j$  o triple que la  $k$  no dice nada

---

<sup>10</sup> Véase Pasinetti (1973).

<sup>11</sup> Al fin y al cabo, la tradición intelectual de FLA es consciente de ello y por eso prefiere hablar de la matriz  $C$  como matriz “sociotécnica” en vez de puramente “técnica”.

<sup>12</sup> Uno de los aciertos de FLA es precisamente haber traído a colación a los “solitentientes”, la figura de unos hipotéticos propietarios que, a la manera de los actuales terratenientes, pudieran estar en condiciones de reclamar una renta por el uso del sol basándose en meros títulos de propiedad (p. 503).

sobre si esos precios son (6, 3, 2) o bien (120.000, 60.000, 40.000) o incluso (0.009, 0.0045, 0.003). Y lo mismo puede decirse de los valores: a Marx no le importa tanto saber que el valor de la mercancía  $a$  es el doble del de la mercancía  $b$  que saber a cuanta cantidad (absoluta) de trabajo corresponde cada uno. Ninguna teoría del valor puede considerarse completa si no selecciona una de esas infinitas soluciones como la correcta. Y esto sólo puede hacerlo la TLV de Marx, y lo hace partiendo de las cantidades de trabajo que integran los valores. Veamos.

La forma habitual de escribir los valores es como cantidades de trabajo directo verticalmente integrado, tal como muestra la ecuación (3):

$$v' = l'(I-A')^{-1} \quad (3),$$

donde el vector  $l$  son las cantidades de trabajo directo y *concreto* por unidad de producto, y la matriz  $A' = A + D$ . Esta manera de definir los valores es, sin embargo, incorrecta, pues las cantidades de trabajo relevantes lo son de trabajo *abstracto*, y no de trabajo concreto. Por tanto, podemos y debemos usar una autoecuación totalmente simétrica a la (2), partiendo de la ecuación (4) como definición de los valores (relativos),  $v$ :

$$v' = v'A' + v'B(I+s) = v'C + v'Bs \quad (4),$$

donde  $s$  es la tasa de plusvalor, y  $B(I+s)$  el valor añadido en términos reales por unidad de producto. Es evidente que podemos escribir (5) a partir de (4):

$$v'(I/s) = v'B' \quad (5),$$

donde  $B' = B(I-C)^{-1}$ , matriz de los coeficientes de salario real verticalmente integrado. La autoecuación (5) nos da al mismo tiempo la tasa de plusvalor y el vector de valores *relativos*,  $v$ . Para obtener los valores *absolutos*, tenemos que normalizar los valores relativos haciendo uso de las cantidades absolutas de trabajo efectivamente realizadas:

$$v = L[v'(I-A')x]^{-1}v \quad (6),$$

donde el escalar  $L$  indica la cantidad total de trabajo abstracto (que, a nivel agregado, aunque no a nivel sectorial ni individual, coincide con la cantidad total de trabajo concreto), y el vector  $x$  lo forman las cantidades de producto en cada sector. Llamando  $v_p$  a los “precios de valor”<sup>13</sup> de Marx, es decir, a las cantidades de dinero proporcionales a las cantidades de trabajo contenidas en los valores<sup>14</sup>, los precios de producción absolutos,  $p$ , que resultan de la normalización de los  $\pi$ , pueden escribirse como en la ecuación (7):

$$p' = v_p' x (\pi' x)^{-1} \pi \quad (7).$$

Es evidente, por tanto, que FLA recuerdan mal cuando escriben de “el precio de producción –que, como recordamos, es *en su definición* independiente de la cantidad de trabajo que pueda poner en juego una determinada inversión de capital–” (p. 581).

---

<sup>13</sup> En el capítulo 9 del libro III de *El capital*, lugar maldito para FLA por el doble motivo al que nos referiremos a continuación, Marx se refiere a los precios proporcionales a las cantidades de trabajo (precios sin la “desviación” característica de los precios de producción) como “precios de valor”. Estos últimos se identifican con los “valores de mercado” que, junto a los precios de producción, pueden tomarse alternativamente como centros de gravedad o puntos de equilibrio, según los casos, de los precios de mercado efectivos que divergen generalmente de ellos. Para FLA, este capítulo 9 se caracteriza por dos cosas: 1) por una parte, por solaparse parcialmente con el capítulo 8 en el tratamiento de los precios de producción (solapamiento que no haría sino reflejar el doble tratamiento que reflejan dos apartados distintos del manuscrito de Marx, luego convertidos en capítulos por Engels, a saber, los apartados 2º y 3º); y 2) por otra, por ser especialmente confuso y vago, pues, aunque no se aporta evidencia al respecto, FLA escriben que en dicho capítulo “nos encontramos con un conjunto de distintas tentativas en las que parecen irse ensayando diferentes vías de explicación posibles del asunto que nos ocupa (aparte del más que insatisfactorio estado de elaboración en que se encuentra toda la parte de este apartado destinada a comentar los efectos de las fluctuaciones de la oferta y la demanda en el mercado)” (p. 473). Como he escrito en otra parte (Guerrero, 2010), en respuesta a un trabajo previo de FLA (véase Liria, Alegre e Iraberry, 2010), falta en estos autores una comprensión clara de la diferencia entre los movimientos de las tasas de ganancia sectoriales en relación con la media de la economía y los movimientos de las tasas de ganancia de las empresas individuales en relación con la media del sector. Al no prestar suficiente atención al diferente tratamiento de Marx de la competencia intersectorial (capítulo 8) y de la intrasectorial (capítulo 9), estos autores reproducen el tratamiento neoclásico (heredado por muchos sraffianos) que limita la competencia al primer aspecto tan sólo. Por eso vemos que FLA apenas consideran las plusganancias como un fenómeno “puramente transitorio” (p. 564), sin poder concebir la existencia de unidades productivas y empresas que, por disfrutar de mejores condiciones técnicas de producción y coste de manera sucesiva y más o menos continua en el tiempo, puedan lograr una ventaja y ganar una plusganancia de forma persistente y no transitoria. FLA piensan que cualquier innovación que se produzca en un sector “se generalizará necesariamente, pues los productores que no se adapten al nuevo nivel de productividad del sector serán, sencillamente, expulsados del mercado” (p. 388); pero creen que esto ocurre de forma espasmódica y no continua en el tiempo, de manera que “según la lógica del capital, una situación en la que se alberguen muy distintos niveles de productividad dentro de un mismo sector no puede sino ser transitoria” (p. 564). Al contrario, como se explica en Guerrero (1995), a donde lleva la lógica del capital –que es una lógica siempre dinámica y nunca estática– es a la generalización de la desigualdad técnica intrasectorial y a la sucesión de estados cambiantes en la jerarquía interna de las tasas de ganancia individuales debido a la persistencia de las plusganancias que en ningún caso tienen tendencia a desaparecer.

<sup>14</sup> Para lo cual nos basta con multiplicar los valores por  $e$ , coeficiente que refleja la “expresión monetaria del tiempo de trabajo social”, definido como  $e = m' (I - A') x L^{-1}$ , con  $m$  = vector de los precios de mercado.

Podemos usar un ejemplo numérico<sup>15</sup> para mostrar la diferencia entre los valores y precios de producción que se calculan en la tradición a la que se adscriben FLA y los que se acaban de definir basándose en el principio de que lo que importa en la TLV de Marx es la cuantificación monetaria de los valores de cambio, como expresión necesaria de las cantidades de trabajo abstracto que forman la sustancia del valor. Si damos los siguientes valores a las matrices  $A$ ,  $D$ ,  $B$  y  $K$  definidas para una economía de dos sectores:

$$A = \begin{pmatrix} 0.09 & 0.12 \\ 0.15 & 0.08 \end{pmatrix}, D = \begin{pmatrix} 0.12 & 0.04 \\ 0.09 & 0.21 \end{pmatrix}, B = \begin{pmatrix} 0.17 & 0.12 \\ 0 & 0.1 \end{pmatrix}, K = \begin{pmatrix} 0.2 & 0.34 \\ 0.05 & 0.14 \end{pmatrix},$$

y hacemos  $L = 160$  horas (divididas a partes iguales entre los dos sectores, de forma que  $L_s' = (80 80)$ ),  $x' = (40 110)$  y  $l' = (2 0.727)$ , tenemos que, siendo  $m' = (6 3)$ , obtenemos para  $e$  un valor igual a  $e = 1.809$ . Aplicando la ecuación (5), obtenemos unos valores relativos en la proporción  $v' = (0.633 0.774)$  y una tasa de plusvalor  $s = 1.922$ . FLA se conformarían con estos “valores”, o cualquier múltiplo de los mismos, olvidando que la solución sólo puede venir de la aplicación de la ecuación (6), que nos da, medidos en horas de trabajo abstracto, el vector:

$$v' = (1.637 2.001).^{16}$$

Asimismo, los precios de producción no son cualquier múltiplo de la proporción  $\pi$ , sino exactamente los precios definidos por la ecuación (7), es decir, medidos en unidades monetarias, iguales a:

$$p' = (2.679 3.724),$$

que equivalen a las siguientes cantidades en horas de trabajo:

$$p_v' = (1.48 2.058),$$

---

<sup>15</sup> Ejemplo extraído de Guerrero (2011), donde aparece en forma completa.

<sup>16</sup> Por supuesto, el cálculo habitual basado en la ecuación (3) es también incorrecto, como lo demuestra también el que en nuestro ejemplo sea igual a (3.052 1.712).

que muestran una cierta “redistribución” de los valores del sector 1 al sector 2, lógica consecuencia de una mayor composición de capital de este último<sup>17</sup>.

En cambio, y en contra de la concepción de Marx, FLA piensan que “preguntar por el valor” de una mercancía “sólo puede significar preguntar por la proporción en la que resultaría equivalente a las demás mercancías” (p. 449); por ello, “una vez se han calculado los valores de cada mercancía, se puede tomar cualquiera de ellas como unidad a través de la cual expresar el valor de todos los componentes del sistema”, de forma que “si se toma, por ejemplo, el hierro como unidad de valor, resulta que”, en el ejemplo numérico que usan FLA, “un quintal de trigo vale 12/172,5, o, lo que es lo mismo, 0,069565217 toneladas de hierro” (pp. 452-453). Esta manera de ver las cosas es típica de un Walras<sup>18</sup> o de un sraffiano<sup>19</sup> –quienes, siguiendo la larga tradición abierta por Barbon (1696)<sup>20</sup> o Bailey (1825), rechazaban el uso de los valores como algo absoluto– pero en ningún caso de Marx, que, como bien supo ver Schumpeter, consideraba el valor absoluto como el núcleo de su teoría y por ello no sólo “ha realizado verdaderamente la idea de un valor absoluto de las cosas”, sino que de hecho fue “el único autor en proceder así”

---

<sup>17</sup> La diferencia en la “composición en valor del capital verticalmente integrado” de los dos sectores es evidente observando las columnas de la matriz  $K' = \begin{pmatrix} 0.655 & 0.858 \\ 0.206 & 0.324 \end{pmatrix}$ . Lo que por cierto anula la

crítica de FLA a Marzoa, basada en un infructuoso intento de cortar la relación realmente existente entre los coeficientes de conversión de cantidades de trabajo concreto a trabajo abstracto y la composición relativa del capital sectorial. Ya en Guerrero (2000) se mostraba la exactitud con que puede afirmarse que la desviación, en cada sector, entre los precios de producción y los precios proporcionales a los valores coincide con el porcentaje de desviación entre la composición en valor del capital verticalmente integrado de cada sector comparada con la media de la economía.

<sup>18</sup> De hecho, en Walras hay una conciencia de la diferencia entre el valor de cambio y el valor (absoluto), sólo que prefiere usar el primero y olvidarse del segundo. Por eso, tras afirmar que “el valor de cambio sigue siendo un fenómeno esencialmente relativo cuya causa es siempre la *rareté* que es el único fenómeno absoluto”, e incluso pensar en la conveniencia de expresarse “enunciando que en el estado de equilibrio general *cada mercancía tiene un solo valor de cambio en relación a todas las demás del mercado*”, concluye que no es recomendable esta manera de expresarse, ya que “quizá nos inclinaría demasiado en el sentido del valor absoluto” (Walras, 1926, p. 309).

<sup>19</sup> Por ejemplo, cuando se piensa que “pueden usarse los datos de la teoría clásica para determinar la tasa de ganancia, como ha mostrado Sraffa (1960)”, de forma que “la tasa de ganancia y las tasas a las que se cambian las mercancías pueden determinarse *simultáneamente*”, no es difícil concluir que la determinación de la tasa de ganancia “no puede ser *secuencial* –especificando primero una teoría del valor, para luego computar el cociente entre el excedente y el capital adelantado mediante una teoría del valor *predeterminada*” (Eatwell, 1987, p. 4; énfasis DG). Igualmente, FLA creen “prescindible” la tarea que se impone Marx en la “transformación”, consistente en “deducir los precios a partir de los valores” (p. 518).

<sup>20</sup> “Ninguna cosa puede tener un valor intrínseco” (citado en Marx, 1867, p. 45).

(1954, p. 663)<sup>21</sup>. En efecto, Marx parte de una evidencia –que “el valor de cambio (...) parece ser algo contingente y puramente relativo”, hasta el punto de que “un valor de cambio inmanente, intrínseco a la mercancía (*valeur intrinsèque*)” parece “una *contradictio in adiecto*”– para concluir en la tesis de que hay “algo común que se manifiesta en la relación de intercambio o en el valor de cambio de las mercancías”, que “es, pues, su valor” y que constituye el objeto esencial de esta parte de su programa de investigación: “la determinación de las magnitudes de valor por el tiempo de trabajo, pues, es un misterio oculto bajo los movimientos manifiestos que afectan a los valores relativos de las mercancías” (Marx, 1867, pp. 45, 47, 92).

Podemos, pues, concluir que FLA, sorprendentemente, al limitarse al estudio de los precios relativos, parecen conformarse con la manifestación más superficial del problema que preocupa a Marx, y, en clara contradicción con el programa científico galileano que ellos mismos atribuyen a Marx, renuncian a profundizar en el misterio del valor que constituye la categoría central de dicho programa. Al caer en esta unilateralidad, no puede extrañar que se unan a la corriente no marxista –ellos que, con toda razón, se adhieren al marxismo– y afirmen que “sin duda es posible *calcular* con todo rigor la ganancia y los precios de las mercancías sin el recurso a la teoría [laboral] del valor” (p. 511). Esta afirmación es incompatible con la TLV de Marx.

### **3. El papel de la demanda en la Teoría Laboral del Valor**

La cuestión del papel de la demanda en la TLV de Marx y, más en particular, en la determinación del “tiempo de trabajo socialmente necesario”, ocupa un lugar en el libro de FLA. Los autores no están de acuerdo con el planteamiento que de la misma hace Michael Heinrich (2004) porque “hace depender el concepto mismo de valor (y no sólo las eventuales fluctuaciones de los precios) de la existencia en cada caso de una demanda solvente” (p. 573). Y siguiendo el consejo de Mandel (1972) de rechazar esta

---

<sup>21</sup> Como señala Schumpeter, “el valor hacia el que tendía el esfuerzo analítico era el valor de cambio (...) Los precios en dinero (precios absolutos) se consideraron cosas de secundaria importancia que se tratarían aparte, en el capítulo sobre la moneda.” (1954, p. 654).

interpretación porque con ella “se podría terminar llegando a un punto que equivaldría a ‘desplazar la creación de valor de la esfera de la producción a la esfera de la circulación’”, se oponen también al punto de vista de Marzoa, que “desarrolla con todo rigor y determinación esa vía de interpretación”, ampliando “el concepto de ‘trabajo socialmente necesario’ para vincularlo a *lo que la sociedad necesita* (es decir, al *volumen* de mercancías de cada tipo que el mercado es capaz de asimilar)” (p. 573). Para FLA, “esto es tanto como venir a demostrar que el mercado es quien determina lo que se ha trabajado y lo que no” (p. 571).

Este debate sobre un punto crucial de la TLV (véanse el énfasis que sobre el mismo han puesto autores tan dispares como Y. Pevzner, 1983, o C. Colliot-Thélène, 1989) no hace sino rememorar el debate que Rubin tenía muy presente en la década de 1920 –debate que lamentablemente no se conoce en Occidente porque nadie se ha tomado la molestia de traducir las principales contribuciones a una lengua que no fuera el ruso– al redactar su libro esencial (Rubin, 1928), que FLA citan pero no parecen haber sabido explotar adecuadamente (véase un extenso tratamiento de la aportación de Rubin en este terreno en Guerrero, 1995). Partiendo de Rubin es posible criticar tanto la posición de Heinrich como la de FLA, y al mismo tiempo ir más allá de Marzoa.

Para FLA, “debería ser posible (al menos *de iure*) calcular el *valor* de las mercancías a partir simplemente de los datos técnicos de la producción, es decir, sin necesidad de esperar a la recepción por parte del mercado para saber qué cantidad de trabajo ha sido ‘socialmente necesario’ y, por lo tanto, ha creado valor” (p. 575). Esto refleja la posición que Heinrich critica como característica del “marxismo tradicional”, y que él quiere sustituir por su propia concepción de la TLV, que entiende como una “teoría monetaria del valor”. Aunque en nuestra opinión la insistencia de Heinrich en la importancia y la necesidad de tener en cuenta la forma del valor en la propia concepción del valor es un paso adelante, no compartimos tampoco su planteamiento. Es verdad que, en contra de lo que subyace en la posición de FLA, tiene razón Heinrich en que “la objetividad de valor no es una propiedad que pueda tener para sí una cosa aislada” (2004, p. 69), tal y como resulta por ejemplo de lo que FLA llaman “los datos técnicos de la producción”, pero ello tampoco permite afirmar que “la objetividad de valor de las mercancías existe sólo en el cambio” (2004, p. 69), entendido este como el resultado *final* del funcionamiento de los mercados.

FLA insisten en la necesidad de “fijar con precisión en qué consiste la magnitud de valor de cada mercancía *con anterioridad al hecho mismo de la concurrencia*, pues, en caso contrario, no podríamos *siquiera saber si de hecho se intercambia o no a su valor*” (p. 576). Pero esto es un error. En primer lugar porque no hay nada cronológicamente *anterior* a la concurrencia (o competencia), ya que producción e intercambio son simultáneos a escala individual y social, y no hay ninguna empresa ni sociedad capitalista alguna que no se dediquen a producir y a intercambiar al mismo tiempo. Sí podría decirse que el análisis de la competencia debe ser lógicamente *posterior* al de la producción –aunque ello no se entendería del todo desde el punto de vista de unos autores que no quieren “deducir” nada del libro III a partir del libro I–, pero lo importante es darse cuenta de que tanto el valor mercantil como el precio de producción que sirven de base y regulan los intercambios efectivos y los precios de mercado son conceptos “de equilibrio” en el sistema teórico marxiano. Sorprende que unos autores que reivindican correctamente la importancia que tiene en Marx la idea de “equilibrio” –que no es en absoluto incompatible con la afirmación de que todos los precios efectivos son en general precios “de desequilibrio”; es más, esta última afirmación no tendría sentido si no existieran unos puntos de equilibrio que sirvieran como referencia– no advierten la diferencia entre analizar el intercambio en condiciones de equilibrio o en condiciones de desequilibrio. Y en este punto la posición de Marzoa tampoco es satisfactoria. Veamos.

Para Marx, la competencia deja de explicar nada cuando la oferta y la demanda se anulan, coinciden. En ese punto se trata de averiguar qué es lo que determina a su vez a la oferta y a la demanda, y es ahí donde interviene el núcleo de la teoría del valor. Sólo cuando la producción que sale al mercado coincide con la demanda efectiva en el mismo –es decir, con la “necesidad social” expresada de la única manera en que puede hacerlo en el capitalismo, a saber, como “demanda solvente”–, tenemos un “equilibrio” (que coincide con lo que la microeconomía neoclásica llamaría ausencia tanto de escasez como de excedente), con sus correspondientes “precio de equilibrio” y “cantidad de equilibrio”. En este punto, la competencia deja de explicar nada, y el nivel del precio vendrá dado por la expresión monetaria de las específicas cantidades de trabajo calculadas, respectivamente, mediante las ecuaciones (6) y (7). Son las cantidades correspondientes a esos precios de equilibrio (cantidades de equilibrio) las

cantidades que entran en la definición del valor o el precio de producción, mientras que si las cantidades ofrecidas a esos precios de equilibrio son superiores o inferiores a esa cantidad de equilibrio lo que obtenemos es una situación de desequilibrio. En contra de lo que parecen entender tanto FLA como Heinrich o Marzoa, no son los intercambios *efectivos* los que determinan el nivel de valor “que tiene en cuenta la demanda”, el concepto “ampliado” del valor del que hablan FLA, sino los intercambios que se darían si se estuviera en situación de equilibrio.

Por tanto, es correcto decir que la definición del valor sí incluye el intercambio, el mercado o la demanda, pero ello no quiere decir que haya que estar pendientes de cuál sea el precio final *tras* las fluctuaciones de la oferta y la demanda, sino por así decirlo *ex ante*, es decir: hay que atender al grado de *necesidad social* que existe del producto en cuestión, un nivel *cuantitativamente determinado* pero no arbitrariamente. De la misma manera que el trabajo gastado en producir una mercancía inútil no computa como valor porque no se da ese presupuesto imprescindible del valor que es el valor de uso, hay que decir que a escala social ocurre otro tanto y, por tanto, si se produce, en todo o en parte, más allá de la necesidad social cuantitativamente determinada (en las condiciones capitalistas existentes, por supuesto), el exceso de trabajo gastado en ese producto inútil no computa tampoco como valor.

Por tanto, no es cierto que “lo que de hecho hace el mercado es *siempre* intercambiar cantidades de trabajo iguales” (p. 577; énfasis DG), sino que las cantidades de trabajo abstracto incorporadas en las mercancías equivalentes en el mercado *sólo* son iguales si el intercambio se produce en el equilibrio. Ni que decir tiene que hacer intervenir la demanda *social* (aunque sea en su forma capitalista, tergiversando las auténticas necesidades humanas) de esta manera no significa en absoluto, contra lo que pretenden FLA, estar utilizando “un concepto subjetivo de valor según el cual éste no sería más que el resultado de la interacción entre los distintos agentes según sus funciones de utilidad”, ni tampoco significa hacer “reposar enteramente el valor sobre la base de la oferta y la demanda *efectivas*” (p. 578; énfasis DG). Por consiguiente, la interpretación que proponemos no sólo no tiene nada que ver “con una sustitución *de hecho* de la teoría laboral por una teoría subjetiva del valor” (p. 581), sino que precisamente es perfectamente compatible con lo que se ha defendido en el apartado 2 de este trabajo, de forma que lo que reflejan los valores y precios de equilibrio de Marx no son sino las

cantidades absolutas *de trabajo*, que no pueden cuantificarse partiendo exclusivamente de datos supuestamente “técnicos” o “físicos”, sino de cantidades reales de trabajo y de magnitudes reales de gastos monetarios en las condiciones subjetivas y objetivas de producción.

## Bibliografía

- Alba, Santiago (2010): “Prólogo”, en C. Fernández Liria y Luis Alegre: *El orden de “El capital”. Por qué seguir leyendo a Marx*, Madrid: Akal, pp. 7-16.
- Bailey, Samuel (1825): *A Critical Dissertation on the Nature, Measures, and Causes of Value: Chiefly in Reference to the Writings of Mr. Ricardo and his Followers*, London: R. Hunter [London School of Economics Reprints of Scarce Tracts, nº 7, 1931].
- Barbon, Nicholas (1696): *A Discourse Concerning Coining the New Money Lighter, In Answer to Mr. Locke's Considerations about Raising the Value of Money*, London.
- Colliot-Thélène, Catherine (1989): “Afterword” in Isaac Illich Rubin, *A History of Economic Thought*, 1929 [London: Pluto Press, 1989, pp. 385-431].
- Eatwell, John (1987): “Absolute and exchangeable value”, *New Palgrave Dictionary of Economics*, I, pp. 3-4.
- Fernández Liria, Carlos; Alegre Zahonero, Luis (2010): *El orden de “El capital”. Por qué seguir leyendo a Marx*, Madrid: Akal.
- Fernández Liria, Carlos; Alegre Zahonero, Luis; Iraberri, Daniel (2010): “El carácter irrenunciable de la teoría laboral del valor”, en J. P. Mateo y R. Molero, eds., *Otra teoría económica es posible. Ensayos críticos de economía política*, Madrid: Editorial Popular.
- Guerrero, Diego (1995): *Competitividad: teoría y política*, Barcelona: Ariel.
- Guerrero, Diego (2000): “Insumo-producto y teoría del valor-trabajo”, *Política y Cultura*, verano, nº 13, pp. 139-168, UAM-Xochimilco, México, DF.
- Guerrero, Diego (2007): “The labour theory of value and the ‘double transformation problem’”, *Nómadas, Revista crítica de ciencias sociales*, Universidad Complutense de Madrid, nº 16, julio-diciembre, pp. 255-284.

Guerrero, Diego (2010): “Prólogo”, en J. P. Mateo y R. Molero, eds., *Otra teoría económica es posible. Ensayos críticos de economía política*, Madrid: Editorial Popular.

Guerrero, Diego (2011): “The dependence of prices on labour values”, *Economic Analysis Working Papers*, Universidad de la Coruña, primer semestre.

Heinrich, Michael (2004): *Kritik der politischen Ökonomie. Eine Einführung*, Schmetteling Verlag [*Crítica de la economía política. Una introducción a El capital de Marx*, Madrid: Escolar y Mayo editores, colección Análisis y Crítica ( prólogo de César Ruiz Sanjuán), 2008, 240 pp.].

Mandel, Ernest (1972): *Der Spätkapitalismus*, Frankfurt am Main: Suhrkampf [*El capitalismo tardío*, México: Era, 1980 (2<sup>a</sup> edición)].

Martínez Marzoa, Felipe (1983): *La filosofía de 'El Capital'*, Taurus, Madrid.

Marx, Karl (1867): *El Capital. Crítica de la Economía Política. Libro I*, Madrid: Siglo XXI, 1978, 3 vols.

Pasinetti, Luigi (1973): “The notion of vertical integration in economic analysis”, *Metroeconomica*, 25 (1), pp. 1-29.

Pevzner, Yuri (1983): *Le capitalisme monopoliste d'Etat et la theorie de la valeur-travail*, Moscou: Éditions du Progrès.

Rubin, Isaac I. (1928): *Ocherki po teorii stoimosti Marks'a*, Gosudarstvennoe Izdatelsvo [*Ensayo sobre la teoría marxista del valor* (3<sup>a</sup> edición), Buenos Aires: Pasado y Presente, nº 53, 1974].

Samuelson, Paul A. (1970): “The transformation from Marxian ‘values’ to competitive ‘prices’: A process of rejection and replacement”, in “*The Collected Scientific Papers of Paul A. Samuelson. Volume III*”, edited by Robert C. Merton, The M.I.T. Press: Cambridge, MA and London, England.

Samuelson, Paul A. (1987): “Sraffian Economics”, *The New Palgrave: A Dictionary of Economics*, eds. J. Eatwell, M. Milgate, P. Newman, Macmillan, Londres, vol. IV, pp. 452-461.

Schumpeter, Joseph A. (1954): *History of Economic Analysis*, London: George Allen & Unwin [*Historia del análisis económico*, Ariel (trad. al español de Manuel Sacristán), Barcelona, 1982, 2<sup>a</sup> edición].

Shaikh, Anwar (1984): “The Transformation from Marx to Sraffa: prelude to a critique of the neo-ricardians”, in E. Mandel and A. Freeman (eds.), *Ricardo, Marx, Sraffa: The Langston memorial volume* (London: Verso), pp. 43-84.

Sraffa, Piero (1960): *Production of Commodities by Means of Commodities. Prelude to a Critique of Economic Theory*, Cambridge: Cambridge University Press [*Producción de mercancías por medio de mercancías*, Vilassar de Mar: Oikos-Tau, 1966; trad. de L. Á. Rojo].

Walras, Léon (1926): *Éléments d'Économie politique pure ou théorie de la richesse sociale*, Corbaz, Lausanne, édition définitive revue et augmentée par l'auteur, R. Pichon et R. Durand-Auzias, Paris, 1952 [*Elementos de Economía política pura (o Teoría de la riqueza social)*, ed. y trad. J. Segura, 4<sup>a</sup> ed., definitiva, Madrid: Alianza, 1987].